





# Ana

Vade la Isla



L. M. MONTGOMERY

Ana  
de la Isla

Traducción de  
ELENA CASARES LANDAURO

Ilustraciones de  
JOSÉ GABRIEL ESPINOSA Y ANTONIO CUESTA



TOROMÍTICO

Título original *Anne of the Island*

© de la traducción ELENA CASARES LANDAURO, 2014

© de las ilustraciones JOSÉ GABRIEL ESPINOSA Y ANTONIO CUESTA, 2014

© de esta edición EDICIONES EL TOROMÍTICO, S.L., 2014

Primera edición: mayo de 2014

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Edición de ÓSCAR CÓRDOBA, JAVIER ORTEGA y ANTONIO CUESTA

Imprime: GRÁFICAS LA PAZ

ISBN: 978-84-15943-21-1

Depósito Legal: CO-808-2014

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*A las muchachas de todo el mundo  
que «han querido» más de Ana.*





## ÍNDICE

La sombra del cambio .....	11
Guirnaldas de otoño.....	19
Despedidas y partida .....	27
La dama de abril.....	35
Cartas desde casa.....	47
En el parque .....	55
De nuevo en casa .....	63
La primera petición de mano de Ana .....	71
Un amor inoportuno y una amiga bienvenida .....	77
La casa de Patty.....	85
El paso de la vida .....	93
La expiación de Averil.....	103
La senda de los transgresores .....	111
La llamada.....	121
Un sueño al revés .....	129
Relaciones que encajan .....	135
Una carta de Davy.....	147
La señorita Josephine recuerda a Ana la niña.....	151

Un interludio.....	157
Gilbert se declara.....	161
Las rosas del ayer .....	167
La primavera y Ana regresan a Tejas Verdes.....	171
Paul no puede encontrar a su «Gente de las Rocas» .....	177
Aparece Jonas.....	181
Aparece el príncipe azul.....	187
Aparece Christine .....	193
Confidencias mutuas .....	197
Una tarde de junio.....	203
La boda de Diana.....	209
El romance de la señora Skinner .....	213
Carta de Ana a Philippa .....	217
Té con la señora Douglas .....	221
Y él seguía viniendo y viniendo.....	227
John Douglas habla por fin .....	231
Comienza el último año en Redmond .....	237
La visita de las Gardner.....	245
Licenciadas de pleno derecho.....	251
Un falso amanecer .....	257
Asuntos de bodas .....	263
El Libro de la Revelación .....	273
El amor triunfa sobre el tiempo .....	279

## CAPÍTULO 1

# LA SOMBRA DEL CAMBIO



«Ya termina la cosecha, ya se va el verano», citó Ana Shirley, mientras contemplaba soñadora los campos segados. Diana Barry y ella habían estado recogiendo manzanas en el huerto de Tejas Verdes, y ahora descansaban de sus labores en un rincón soleado al que llegaban ejércitos de semillas voladoras traídas por la brisa veraniega, templada todavía con el aroma de los helechos del Bosque Embrujado.

Pero el paisaje que las rodeaba anunciaba ya el otoño. El mar bramaba sordamente en la distancia, los campos estaban desnudos y marchitos, salpicados con espigas doradas; el valle del arroyo más abajo de Tejas Verdes estaba cubierto de margaritas de un púrpura etéreo y el Lago de Aguas Refulgentes estaba azul, azul, azul; no el azul cambiante de la primavera, ni el azul pálido del verano, sino un azul claro, firme, sereno, como si el agua hubiera superado todos los cambios y estados emocionales y se hubiera asentado en una tranquilidad imposible de quebrar con sueños caprichosos.

—Ha sido un verano muy agradable —afirmó Diana mientras giraba con una sonrisa el nuevo anillo que lucía en su mano izquierda—. Y la boda de la señorita Lavendar ha sido el colofón perfecto. Supongo que el señor y la señora Irving estarán a estas horas en las costas del Pacífico.

—Me parece que han estado tanto tiempo fuera como para

haber dado la vuelta al mundo —suspiró Ana—. No puedo creer que haya pasado solo una semana desde que se casaron. Todo ha cambiado. La señorita Lavendar y el señor y la señora Allan se han ido... ¡Qué solitaria parece la casa parroquial con todas las persianas bajadas! Pasé por allí anoche y me hizo sentir como si sus habitantes hubieran muerto.

—Nunca vendrá otro pastor tan amable como el señor Allan —vaticinó Diana con una convicción pesimista—. Me imagino que este invierno tendremos todo tipo de suplentes y la mitad de los domingos ni siquiera habrá misa. Y tú y Gilbert estaréis fuera... Va a ser horriblemente aburrido.

—Fred estará aquí —insinuó Ana astutamente.

—¿Cuándo se va a mudar la señora Lynde? —preguntó Diana, como si no hubiera oído el comentario de Ana.

—Mañana. Me alegro de que se venga con nosotros, pero va a ser otro cambio. Ayer Marilla y yo limpiamos el cuarto de invitados. ¿Sabes? Me disgustó mucho hacerlo. Claro, sé que es una tontería, pero me pareció como si estuviéramos cometiendo un sacrilegio. La vieja habitación de invitados ha sido siempre para mí como un santuario. Siempre tuve ganas de dormir en la cama de una habitación de invitados, pero no en la de Tejas Verdes. ¡Oh, no! ¡Allí nunca! Habría sido demasiado terrible. No habría podido pegar ojo. Cuando Marilla me mandaba allí por algo nunca me atrevía a pisarla, no; de hecho, iba de puntillas y aguantaba la respiración, como en la iglesia, y me sentía aliviada al salir. Los cuadros de George Whitefield y del Duque de Wellington allí colgados, uno a cada lado del espejo, me miraban muy severamente con el ceño fruncido todo el tiempo, especialmente si me atrevía a mirarme en el espejo, que era el único de toda la casa que no me sacaba la cara un poco torcida. Siempre me preguntaba cómo Marilla se atrevía a limpiarla. Y ahora no solo está limpia, sino vacía por completo. George Whitefield y el Duque han sido relegados al pasillo de arriba. «Así pasa la gloria de este mundo» —citó Ana con una risa que tenía un tinte de arrepentimiento. Nunca es agradable profanar nuestros viejos santuarios, ni siquiera cuando hemos madurado y los dejamos atrás.

—Voy a estar tan sola cuando te vayas —se lamentó Diana por enésima vez—. ¡Y pensar que te vas la semana próxima!

—Pero todavía estamos juntas —dijo Ana con alegría—. No debemos permitir que la semana que viene nos robe la alegría de esta. Yo misma detesto la idea de marcharme... Mi hogar y yo somos tan buenos amigos. ¡Qué vas a estar sola! Soy yo la que debe quejarse. Tú vas a estar aquí con un montón de tus viejos amigos y con Fred. Mientras que yo voy a estar sola entre extraños, sin conocer a nadie.

—Excepto Gilbert... y Charlie Sloane —replicó Diana, emulando el énfasis y la astucia de Ana.

—Charlie Sloane será un gran consuelo, por supuesto —le dio la razón Ana sarcásticamente; con lo cual ambas damiselas empezaron a reírse. Diana sabía exactamente lo que Ana pensaba de Charlie Sloane; pero a pesar de diversas charlas confidenciales aún no sabía lo que pensaba de Gilbert Blythe. Ni siquiera la propia Ana lo sabía.

—Por lo que sé, los chicos se van a alojar en el otro extremo de Kingsport —continuó Ana—. Estoy contenta de ir a Redmond y estoy segura de que me gustará pasado un tiempo. Pero también sé que las primeras semanas serán muy duras. Ni siquiera tendré el consuelo de esperar al fin de semana para volver a casa, como hacía cuando fui a la Academia de la Reina. La Navidad parece estar a mil años.

—Todo está cambiando... o va a cambiar —espetó Diana tristemente—. Ana, tengo la sensación de que las cosas ya nunca volverán a ser iguales.

—Parece que hemos llegado a una encrucijada de caminos —murmuró Ana pensativa—. Teníamos que llegar. Diana, ¿crees que ser una persona mayor es tan bueno como solíamos imaginar cuando éramos niñas?

—No lo sé. Hay algunas cosas de ser mayor que sí están bien —respondió Diana, acariciando otra vez su anillo con una sonrisita que siempre tenía el efecto de hacer sentir a Ana repentinamente excluida y sin experiencia—. Pero también hay muchas cosas confusas. Algunas veces me siento como si ser adulta me

asustara, y entonces daría cualquier cosa por volver a ser una niña otra vez.

—Imagino que, a su debido tiempo, nos acostumbraremos a ser adultas —dijo Ana—. Dejará de haber tantas cosas inesperadas, aunque, después de todo, para mí son las cosas inesperadas las que le dan sal a la vida. Tenemos dieciocho años, Diana. Dentro de dos tendremos veinte. Cuando tenía diez años pensaba que los veinte eran una lejana edad madura. Dentro de nada serás una señora formal de mediana edad y yo seré la amable y solterona tía Ana, que viene a visitarte en vacaciones. Tú siempre me reservarás un rinconcito, ¿verdad, Diana querida? Claro que no la habitación de invitados. Las viejas solteronas no pueden aspirar a dormir allí y yo seré tan humilde como Uriah Heep, y estaré bastante contenta con un cuartito en cualquier lado.

—¡Qué tonterías dices, Ana! —rio Diana—. Te casarás con alguien espléndido y guapo y rico... Y ninguna habitación de invitados de Avonlea será lo bastante elegante para ti... Mirarás por encima del hombro a todos tus amigos de juventud.

—Eso sería una pena, porque cuando miro por encima del hombro mi nariz tiene un aspecto horroroso —afirmó dándose golpecitos en su bien formada nariz—. No tengo tantos rasgos bellos como para poder permitirme echarlos a perder; así que aunque me casara con el rey de la Isla de los Caníbales te prometo que no te miraría por encima del hombro, Diana.

Con otra alegre carcajada las muchachas se separaron, Diana volvió a la Cuesta del Huerto y Ana caminó hasta la oficina de correos. Allí se encontró con una carta que la esperaba y, cuando Gilbert Blythe la alcanzó sobre el Lago de las Aguas Refulgentes, estaba chispeante de emoción.

—Priscilla Grant también va a Redmond —exclamó—. ¿No es fantástico? Esperaba que fuese, pero ella no pensaba que su padre le daría permiso. Sin embargo se lo ha dado y vamos a alojarnos en el mismo sitio. Con una amiga como Priscilla a mi lado me siento capaz de hacer frente a un ejército completo, o a todos los profesores de Redmond juntos.

—Creo que Kingsport nos va a gustar —comentó Gilbert—.

Es un pueblo antiguo y bonito, y me han dicho que tiene el parque natural más hermoso del mundo. Al parecer el paisaje es extraordinario.

—Me pregunto si será... si puede ser más bello que este —murmuró Ana mirando a su alrededor con los ojos embelesados de quien piensa que su hogar es siempre el lugar más hermoso del mundo, sin importar si hay tierras más bellas bajo estrellas lejanas.

Estaban apoyados en el puente del viejo estanque, cautivados por el encanto del crepúsculo, justo en el lugar preciso donde Ana se había subido años atrás huyendo del bote que se hundía aquel día en que Elaine flotaba hacia Camelot. El color púrpura del atardecer aún teñía los cielos por el oeste, pero la luna se estaba elevando y el agua del estanque era como un gran sueño de plata bajo su luz. El recuerdo tejió un dulce y sutil hechizo en las dos jóvenes criaturas.

—Estás muy callada, Ana —dijo finalmente Gilbert.

—Temo hablar o moverme por si toda esta maravillosa belleza se desvanece como un silencio roto —suspiró Ana.

Gilbert, de pronto, posó su mano sobre la de Ana, que se apoyaba en la barandilla del puente. Sus ojos color avellana se hicieron más profundos en la oscuridad, sus labios todavía de niño se abrieron para decir algo del sueño y la esperanza que embargaban su alma. Pero Ana retiró su mano y se giró rápidamente. El encanto del crepúsculo se rompió.

—Tengo que volver a casa —exclamó con indiferencia algo exagerada—. Marilla tenía dolor de cabeza esta tarde y estoy segura de que los gemelos estarán ya haciendo travesuras. No he debido estar fuera tanto rato.

La muchacha habló sin parar de asuntos sin importancia hasta que llegaron al sendero de Tejas Verdes. El pobre Gilbert apenas tuvo oportunidad de intercalar una palabra de respuesta. Ana se sintió bastante aliviada cuando se separaron. Desde aquella revelación fugaz en el jardín de la Morada del Eco, en su corazón latía un nuevo y secreto sentimiento hacia Gilbert. En la vieja y perfecta camaradería que provenía de los días de

escuela algo extraño se había entrometido; algo que amenazaba con malograrla.

—Nunca me había alegrado de que Gilbert se fuera —pensó, entre resentida y apenada, mientras subía por el sendero hacia su casa—. Nuestra amistad se estropeará si él sigue con estas tontearías. No debe pasar... No lo voy a permitir. Oh, ¡por qué los chicos no pueden ser sensatos!

Ana tenía la molesta sensación de que no era estrictamente «sensato» que sintiera todavía en su mano la cálida presión de la de Gilbert, tan nítidamente como la había sentido durante el instante en que la había puesto sobre la suya; y todavía menos sensato era que la sensación estuviese lejos de ser desagradable, muy diferente de la que sintió ante un gesto similar por parte de Charlie Sloane, cuando tres noches atrás ella había estado sentada con él en una fiesta en White Sands. Ana se estremeció ante el desagradable recuerdo. Pero todos los problemas relacionados con sus enamorados pretendientes se desvanecieron de su mente cuando entró en la hogareña y poco sentimental atmósfera de la cocina de Tejas Verdes, donde un niño de ocho años lloraba amargamente en el sofá.

—¿Qué te pasa, Davy? —preguntó Ana, cogiéndolo en sus brazos—. ¿Dónde están Marilla y Dora?

—Marilla está acostando a Dora —sollozó—, y yo estoy llorando porque Dora se cayó por las escaleras del sótano, rodó hacia abajo y se ha arañado la nariz y...

—Oh, bueno, no llores por eso, cariño. Claro que lo sientes por ella, pero llorar no le va a ayudar. Mañana estará bien. Llorar no remedia nada, Davy, y...

—No estoy llorando porque Dora se cayera por el sótano —respondió Davy, interrumpiendo el sermón bienintencionado de Ana con una amargura creciente—. Lloro porque no estaba allí para verla caer. Siempre me tengo que perder las cosas divertidas.

—¡Oh, Davy! —Ana ahogó un grito de risa—. ¿Te parece divertido ver a la pobre Dora caerse por las escaleras y hacerse daño?

—No se hizo mucho daño —dijo Davy desafiante—. Claro que si se hubiera muerto yo me habría puesto muy triste, Ana. Pero los



Keith no se mueren así como así. Supongo que somos como los Blewett. Herb Blewett se cayó del granero el miércoles pasado y rodó hasta la cuadra, donde tienen un potro salvaje, y fue a caer justo bajo sus patas. Y así y todo salió vivo, solo con tres huesos rotos. La señora Lynde dice que hay algunos tipos a los que no puedes matar ni a tiros. Ana, ¿la señora Lynde se viene mañana?

—Sí, Davy, y espero que seas siempre bueno y amable con ella.

—Seré bueno y amable. ¿Pero va a ser ella la que me acueste todas las noches, Ana?

—Quizá. ¿Por qué?

—Porque —resolvió Davy muy decidido—, si lo hace no rezaré mis oraciones delante de ella como lo hago contigo, Ana.

—¿Por qué no?

—Porque no creo que sea bueno hablar con Dios delante de extraños. Dora puede rezar sus oraciones delante de la señora Lynde si ella quiere, pero yo no. Esperaré hasta que se vaya y luego las rezaré. ¿No te parece bien?

—Sí, si estás seguro de que no te vas a olvidar de rezarlas, Davy.

—Oh, no me olvidaré, seguro que no. Creo que rezar es muy divertido. Pero no será tan divertido rezar solo como rezar contigo. Ojalá te quedaras en casa, Ana. No entiendo por qué quieres irte y dejarnos.

—No es que quiera irme, Davy, sino que siento que debo hacerlo.

—Si no quieres irte no hace falta que te vayas. Eres mayor. Ana, cuando sea mayor no voy a hacer ni una sola cosa que no quiera hacer.

—Davy, toda tu vida tendrás que hacer cosas que no deseas hacer.

—Yo no —mantuvo con rotundidad—. ¡Ya verás! Ahora tengo que hacer cosas que no quiero porque tú y Marilla me mandáis a la cama si no las hago. Pero cuando crezca no podréis hacerlo y no habrá nadie que me diga que no haga lo que quiero hacer. ¡Qué bien lo voy a pasar! Dime, Ana, Milty Boulter dice que su madre dice que te vas a la universidad a ver si puedes pescar un novio. ¿Es verdad eso, Ana? Quiero saberlo.

Por un segundo Ana ardió de ira. Luego se rio, recordándose

a sí misma que la vulgaridad tanto de pensamiento como de palabra de la señora Boulter no podía herirla.

—No, Davy, no es verdad. Voy a estudiar para crecer y aprender muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Aprenderé de «barcos, lacres y zapatos; de reyes y repollos»<sup>1</sup> —citó Ana.

—Pero si quieres pescar un novio, ¿cómo lo harías? Quiero saberlo —insistió Davy, para quien el tema poseía, evidentemente, cierta fascinación.

—Será mejor que se lo preguntes a la señora Boulter —respondió Ana sin pensar—. Creo que ella sabe de eso más que yo.

—Se lo preguntaré la próxima vez que la vea —dijo con gravedad.

—¡Davy! ¡Si te atreves...! —gritó Ana dándose cuenta de su error.

—Pero si acabas de decirme que lo haga —protestó Davy agraviado.

—Es hora de que te vayas a la cama —decretó Ana como vía de escapatoria.

Después de acostar a Davy, Ana fue hasta la isla Victoria y se sentó allí, sola, envuelta en la sutil y melancólica luz de la luna, mientras el agua reía alrededor de ella en un dueto entre el arroyo y el viento. Ana siempre había amado aquel arroyuelo. En días pasados había enhebrado más de un sueño sobre sus aguas brillantes. Olvidó a sus enamorados, y las habladurías maliciosas de los vecinos y todos los problemas de su existencia infantil. En su imaginación navegó por mares remotos que bañaban las orillas distantes de las «solitarias tierras de hadas», donde yacían la Atlántida y los Campos Elíseos, llevando como piloto al lucero del alba, rumbo a la tierra del Amor. Y fue más rica en fantasías que en realidades; porque lo que se ve pasa, mas las cosas invisibles son eternas.

---

<sup>1</sup> Famoso verso de un poema narrativo de Lewis Carroll que aparece en *Alicia, a través del espejo*. El título del mismo es *La morsa y el carpintero*.

## CAPÍTULO 2

# GUIRNALDAS DE OTOÑO



La semana siguiente pasó con rapidez, repleta de innumerables «cosas de última hora», como Ana las llamó. Era necesario hacer visitas de despedida, que eran agradables o no dependiendo de si los visitantes y los visitados estaban de acuerdo con las esperanzas de Ana o si pensaban que Ana era demasiado engreída por ir a la universidad y sentían que su deber era bajarle un poco los humos.

La Sociedad de Fomento de Avonlea organizó una tarde una fiesta de despedida en honor de Ana y Gilbert en casa de Josie Pye; se eligió ese lugar en parte porque la casa del señor Pye era grande y también porque existía la fuerte sospecha de que las muchachas Pye no ayudarían en nada si no se elegía su casa para la fiesta. Fue un encuentro muy agradable, pues las hermanas Pye, en contra de su costumbre, se portaron muy bien y no dijeron ni hicieron nada que estropeará la armonía del momento. Josie estuvo atípicamente amigable, tanto que incluso le comentó a Ana con condescendencia:

—Tu nuevo vestido te queda muy bien, Ana. En serio, casi pareces guapa con él.

—Qué amable de tu parte —respondió con ojos danzantes. Su sentido del humor se estaba desarrollando y los comentarios que a los catorce años la habrían herido, ahora le resultaban una simple diversión. Josie sospechaba que Ana se estaba riendo de

ella detrás de esos ojos malvados, pero se contentó con murmurar a Gertie cuando ambas bajaban la escalera que Ana Shirley se iba a dar más aires de grandeza que nunca ahora que iba a la universidad, «ya lo verás».

Toda la pandilla estaba allí, llenos de alegría, entusiasmo y despreocupación juvenil. Diana Barry, tan rosada y con hoyuelos en las mejillas, llevaba pegado a ella a su fiel Fred; Jane Andrews, pulcra, sensata y sencilla; Ruby Gillis estaba muy guapa y llamativa con una blusa de seda color crema y unos geranios rojos en su pelo dorado; Gilbert Blythe y Charlie Sloane trataban de estar lo más cerca posible de la escurridiza Ana; Carrie Sloane se mostraba pálida y melancólica porque, según se decía, su padre no permitiría que Oliver Kimball se le acercara; Moddy Spurgeon MacPherson seguía con su cara redonda y sus orejas de soplillo de siempre y Billy Andrews, que pasó toda la noche sentado en un rincón, riéndose por lo bajo cada vez que alguien le hablaba, miraba a Ana Shirley con una amplia sonrisa de placer en su pecosa cara.

Ana había sabido de antemano que habría una fiesta, pero no que, como fundadores de la sociedad, Gilbert y ella serían obsequiados como muestra de respeto con un discurso y un regalo: ella con un volumen de las obras de Shakespeare y Gilbert con una pluma estilográfica. El discurso tan amable que leyó Moody Spurgeon, en su tono más solemne y con su mejor voz, la cogió tan por sorpresa que las lágrimas empañaron el brillo de sus grandes ojos grises. Había trabajado dura y fielmente para la Sociedad de Fomento de Avonlea y el hecho de que sus miembros apreciaran su esfuerzo tan sinceramente la había conmovido hasta el fondo de su corazón. Y todos ellos se mostraban tan amables, amistosos y alegres... Incluso las hermanas Pye tenían su mérito; en ese momento Ana amaba a todo el mundo.

Disfrutó mucho de la fiesta, pero el final de la velada lo echó todo a perder. Gilbert volvió a cometer el error de decirle algo sentimental mientras cenaban en el porche bajo la luz de la luna. Y Ana lo castigó prestándole atención a Charlie Sloane e incluso le permitió que la acompañara a casa. Sin embargo, descubrió

que la venganza hiere más que a nadie a quien trata de infligirla. Gilbert pasó junto a ellos con Ruby Gillis y Ana pudo escucharles charlar y reír alegremente mientras vagabundeaban entre el fresco aire otoñal. Era evidente que se estaban divirtiendo, mientras ella se aburría como una ostra con Charlie Sloane, que aunque hablaba sin parar no dijo, ni por casualidad, una sola cosa que valiera la pena escuchar. Ana respondía de vez en cuando con un «sí» o un «no» y pensaba en lo guapa que estaba Ruby esa noche, en lo saltones que tenía los ojos Charlie a la luz de la luna, peor incluso que de día, y en que el mundo, de un modo u otro, no era un lugar tan amable como había creído poco antes esa misma tarde.

—Estoy agotada, eso es todo. Eso es lo que me pasa —se dijo cuando al fin pudo quedarse sola en su cuarto. Y ella lo creía así, sinceramente. Pero, a la tarde siguiente, cuando vio a Gilbert caminando a grandes pasos por el Bosque Encantado y cruzando el viejo puente de troncos con su forma de caminar firme y decidida, Ana no pudo evitar cierta sensación de alegría que nacía en algún manantial secreto de su corazón. ¡Así que, después de todo, Gilbert no iba a pasar su última tarde con Ruby Gillis!

—Pareces cansada, Ana —observó Gilbert.

—Estoy cansada y, lo que es peor aún, contrariada. Estoy cansada porque he estado todo el día organizando mi baúl y cosiendo ropa. Y contrariada porque a seis mujeres se les ha ocurrido venir a despedirse de mí. Y cada una de ellas se las ha apañado para decir algo que parecía quitarle el color a la vida y dejarla tan gris, deprimente y sombría como una mañana de noviembre.

—¡Viejas gruñonas! —fue el elegante comentario de Gilbert.

—Oh, no, no han sido así —dijo Ana seriamente—. Ese es el problema. Si hubieran sido viejas gruñonas no me habría importado. Pero todas ellas son almas amables, atentas y maternales que me quieren y a quienes yo también quiero. Y por eso es que lo que han dicho o insinuado ha sido una gran carga para mí. Me han querido hacer ver que estoy loca por querer ir a Redmond para seguir estudiando, y desde que me lo han dicho no dejo de preguntarme si realmente estoy loca. La señora de Peter Sloane suspiró y

dijo que ojalá mis fuerzas me acompañen durante tan largo viaje; y al instante me vi a mí misma víctima de una postración nerviosa al final de mi tercer año; la señora de Eben Wright dijo que debía costar una fortuna permanecer cuatro años en Redmond; y sentí que era imperdonable por mi parte derrochar el dinero de Marilla y el mío en un disparate semejante. La señora de Jasper Bell dijo que esperaba que la universidad no me estropeará, como le ha ocurrido a tanta gente; y tuve la sensación de que al final de los cuatro años en Redmond me convertiría en una criatura insufrible, una «sabelotodo» que miraría por encima del hombro a toda la gente de Avonlea; la señora de Elisha Wright dijo que las chicas de Redmond, especialmente las que viven en Kingsport, son horriblemente ostentosas y creídas y que piensa que yo no me sentiré a gusto entre ellas; y me vi como una humilde provinciana, despreciada y mal vestida, vagando por las aulas de Redmond con botas de campesina.

Ana terminó con una risa y un suspiro mezclados. Con su naturaleza sensible toda desaprobación le hacía mella, incluso la que venía de aquellos por cuya opinión sentía escaso respeto. En aquel momento la vida le parecía insulsa y su ambición había desaparecido como la llama de una vela apagada.

—No te preocupes por lo que han dicho —protestó Gilbert—. Sabes exactamente que su visión de la vida es muy estrecha, a pesar de que son excelentes personas. Hacer algo que ellas no hayan hecho es tabú. Eres la primera muchacha de Avonlea que va a ir a la universidad, y ya sabes que todos los pioneros han sido siempre tildados de locos.

—Sí, lo sé. Pero sentir es muy diferente a saber. Mi sentido común me dice lo mismo que me has dicho tú, pero hay ocasiones en las que el sentido común no tiene poder sobre mí. El «sinsentido común» se apodera de mi alma. Después de que se fuera la señora Elisha apenas me quedaba espíritu para terminar de hacer el equipaje.

—Solo estás cansada, Ana. Vamos, olvídate de todo y vente a dar un paseo conmigo por el bosque que hay más allá del pantano. Allí debe haber algo que quiero enseñarte.

—¿Debe haber algo? ¿No estás seguro de ello?

—No. Solo sé que debería estar allí por algo que vi en primavera. Vamos. Imaginaremos que somos otra vez dos niños y que corremos con el viento.

Partieron alegremente. Ana, al recordar lo desagradable de la noche anterior, se mostró muy amable con Gilbert; y Gilbert, que estaba volviéndose más sabio, tuvo buen cuidado de no decir nada que pudiera quebrar la camaradería de la niñez. La señora Lynde y Marilla los observaban desde la ventana de la cocina.

—Esos serán pareja algún día —vaticinó la señora Lynde con aquiescencia.

Marilla se avergonzó un poco. En el fondo de su corazón esperaba que así fuera, pero iba contra su naturaleza escuchar el asunto de boca de la señora Lynde y su forma algo cotilla de hablar.

—Son todavía unos niños —cortó fríamente.

La señora Lynde se rio de manera afable.

—Ana tiene dieciocho años; yo estaba casada a esa edad. Marilla, las viejas como nosotras somos muy dadas a pensar que los niños nunca van a crecer, eso es. Ana es ya una mujercita y Gilbert es un hombre, y él adora el suelo que ella pisa, como puede verse. Es un buen muchacho y Ana no encontrará uno mejor. Espero que no se le meta en la cabeza ninguna tontería romántica en Redmond. No apruebo esos establecimientos mixtos de enseñanza, nunca lo he hecho —concluyó solemne—. No creo que los estudiantes en esas universidades hagan mucho más que flirtear.

—Tienen que estudiar un poquito —dijo Marilla con una sonrisa.

—Muy poco —resopló la señora Rachel—. Sin embargo creo que Ana sí estudiará. Nunca ha sido coqueta. Pero no aprecia a Gilbert en lo que vale, eso es. ¡Oh, yo conozco a las chicas! Charlie Sloane también está loco por ella, pero a Ana nunca le recomendaría que se casara con él. Los Sloane son gente buena, honesta y respetable, por supuesto. Pero, a fin de cuentas, no dejan de ser Sloane.

Marilla asintió. Para un forastero, la afirmación de que los Sloane eran Sloane podría no ser muy reveladora, pero ella lo en-

tendió. Todo pueblo tiene una familia similar; pueden ser gente buena, honesta y respetable, pero son Sloane y lo seguirán siendo, «así hablen lenguas humanas o angelicales».

Gilbert y Ana, felizmente ignorantes de que su futuro estaba siendo planificado por la señora Rachel, paseaban por las sombras del Bosque Encantado. En la distancia, las colinas segadas se iluminaban con la luz ambarina del atardecer bajo un cielo entre rosa y azulado. El lejano bosque de abetos tenía el brillo del bronce bruñido y sus largas sombras formaban franjas sobre las praderas altas. Pero alrededor de ellos una brisa suave cantaba entre las hojas de los abetos y en ella se encontraban ya las notas del otoño.

—Hoy este bosque está realmente encantado... Encantado por los viejos recuerdos —dijo Ana, inclinándose para coger unas hojas de helechos blanqueadas como la cera por la escarcha—. Parece como si las niñas que éramos Diana y yo todavía estuvieran jugando aquí, sentadas junto a la Burbuja de la Dríade al anochecer, citándonos con los fantasmas. ¿Sabes que no puedo atravesar este sendero al anochecer sin estremecerme y sentir un poco el antiguo temor? Uno de los fantasmas que nos inventamos era especialmente horripilante, el fantasma de un niño asesinado que se arrastraba detrás de ti y posaba sus fríos dedos sobre los tuyos. Te confieso que, todavía hoy, no puedo evitar oír sus pasos furtivos detrás de mí cuando vengo aquí por la noche. La Dama Blanca, el hombre sin cabeza o los esqueletos no me dan miedo, pero ojalá nunca hubiera imaginado el fantasma de ese niño. ¡Cómo se enfadaron Marilla y la señora Barry con ese asunto! —concluyó Ana con una carcajada rebotante de evocadores recuerdos.

Los bosques que rodeaban el pantano estaban repletos de tonos púrpura y cargados de telarañas. Pasada una plantación de abetos retorcidos y un valle calentado por el sol y orlado de arces, encontraron ese «algo» que Gilbert estaba buscando.

—¡Ah, aquí está! —anunció con satisfacción.

—¡Un manzano! ¡Y aquí abajo! —exclamó Ana encantada.

—Sí, un manzano de verdad lleno de manzanas, aquí, en medio de pinos y hayas, a más de una milla de cualquier huerto.



Estuve aquí un día la primavera pasada y lo encontré, todo lleno de flores blancas. Así que decidí que volvería en otoño para ver si había dado manzanas. Mira, ¡está repleto! Y parecen buenas además. Están maduras, jugosas, brillantes y con la piel rojiza. La mayoría de los manzanos silvestres dan manzanas verdes y poco apetitosas.

—Supongo que debió brotar hace años de alguna semilla diseminada al azar —imaginó Ana soñadora—. Y mira cómo ha crecido y florecido por sí solo, aquí, entre extraños. ¡Qué determinación!

—Aquí hay un árbol caído con un cojín de musgo. Siéntate, Ana, será tu trono del bosque. Yo iré a por unas manzanas. Están todas muy altas; el manzano tiene que estirarse para alcanzar el sol.

Las manzanas resultaron deliciosas. Bajo la piel rojiza, la pulpa estaba blanca con unos hilitos rojos y, además de su propio sabor a manzana, tenían un cierto toque silvestre delicioso que ninguna manzana de huerto tendría nunca.

—La manzana del Edén no podría haber tenido un sabor más especial —comentó Ana—. Pero ya es hora de regresar a casa. Mira, hace tres minutos todavía era crepúsculo y ahora ya es de noche. Lástima que no hayamos podido atrapar el momento de la transformación. Pero supongo que esos instantes nunca pueden capturarse.

—Volvamos rodeando el pantano por el Sendero de los Amantes. Ana, ¿sigues tan contrariada como cuando salimos?

—No. Esas manzanas han sido como un maná para mi alma. Siento que Redmond me va a encantar y que voy a pasar cuatro años espléndidos allí.

—¿Y después de esos cuatro años, qué?

—Oh, hay otra curva en el camino cuando llegemos allí —respondió Ana con suavidad—. No tengo ni idea de lo que encontraré entonces... Y no quiero saberlo. Es mejor no saberlo.

Esa noche el Sendero de los Amantes parecía un lugar encantador, tranquilo y misteriosamente oscuro bajo el pálido resplan-

dor de la luna. Lo recorrieron en medio de un agradable silencio, que ninguno de los dos quiso romper.

«Si Gilbert se comportara siempre como se ha comportado esta tarde, qué fácil y agradable sería todo», reflexionó Ana.

Gilbert la miraba mientras caminaba. Con su vestido claro y su delicadeza esbelta, Ana le recordó a un lirio blanco.

«Me pregunto si algún día podré hacer que se fije en mí», pensó el joven con una punzada de desánimo.

